

Algunas de sus reflexiones empiezan con una cita literaria, para después desarrollar una idea y rematar con su opinión particular o con una pregunta irónica y punzante; en otras ocasiones reproduce poemas o narraciones de su agrado y que cubren totalmente el espacio editorial.

Los temas que trata son diversos y muchas veces sin tener relación alguna entre ellos. De esta forma, escribe desde constancias religiosas que certificaban la existencia de seres fantásticos, hasta una reivindicación del compositor Agustín Lara, "para liberarlo de una tacha que por mucho tiempo ostentó: la de ser un cantor de cortesanas indecentes. Y tengo para mí que Agustín Lara encontró también en la desdicha, el socorro de las vírgenes locas".

Entre sus escritos no pueden faltar los referentes a otra de sus mayores aficiones: el ajedrez. Arreola afirma que ese juego no era originario de la India ni de Persia, "yo respondo cada vez que me preguntan: el ajedrez nació en España, porque me refiero a lo que jugamos ahora todos sus ejercitantes"; de igual modo termina comparando ese juego con la vida social, donde se desarrolla una agresiva competencia por llegar a ser el rey o la reina, por adquirir el poder.

En los escritos se puede encontrar también la faceta del Arreola traductor, aunque no siempre quedó conforme con su desempeño, como cuando tradujo a Geràrd de Nerval: "¿Cómo pude ser tan desdichado? —se queja— ¿Por qué cometí tantos errores de lectura, de metro y acento en las apenas 14 líneas de un soneto?"

También aborda el tema del feminismo y se detiene a preguntar: "¿Por qué siempre alrededor de los

movimientos feministas pululamos los desequilibrados? Me gustaría averiguarlo", y se declara exaltador de la mujer, pues asegura que "de su parte vendrá la integral liberación humana. Esto es, el reino feliz de la igualdad, sin opresores ni oprimidos".

Así, constantemente muestra su convicción de que, alguna vez, el mundo se corregirá, por lo que llega a afirmar: "Estoy y estaré siempre en pro de las causas perdidas, con tal de que sean nobles. Porque sólo apoyándonos en ellas, ganaremos al final".

Cumplir tal reto lo lleva a autorreconocerse, y en uno de sus trabajos se descubre artesano de la palabra: "Como he aplicado con poca fortuna mis manos a la materia, aunque nací dentro de una familia de artesanos, las aplico a la palabra. Como un buen artesano. Porque sirven de medio de transporte al pensamiento".

Juan José Arreola se marchó ya, satisfecho, pues, después de todo, vivió siempre con lo que más amó: las letras; no necesitó más: "Soy un hombre sin fortuna y sólo poseo mi máquina de escribir". ■

Ulrich Beck Sobre el terrorismo y la guerra

Paidós (Asterisco*, 8), Barcelona,
2003, 64 págs.

Isaac García Venegas

Hay libros cuya singularidad proviene de su anacronismo, no por voluntad propia, claro está, sino por lo vertiginoso de los hechos, como sucede con *Sobre el terrorismo y la guerra*. En este breve texto —en realidad una conferencia que ofreció en la Duma estatal de Moscú en noviembre de 2001—, Ulrich Beck reflexiona desde un mundo que hoy parece lejano.

En ese entonces el derrocamiento del régimen talibán era ya cuestión de días. La condena casi unánime a los atentados de las Torres Gemelas y el apoyo prácticamente indiscutible que tenía EU para localizar a Osama Bin Laden y desarticular su red terrorista, flotaban en el aire. Esto se respira en la conferencia del sociólogo alemán.

Ulrich Beck veía en los atentados del 11 de septiembre un doble fenómeno. Por un lado, la confirmación del fracaso del lenguaje institucionalizado del control ante los riesgos no cuantificables de la realidad y, por otro, el surgimiento de una nueva política mundial que necesariamente tendría que apelar al multilateralismo, a la creación de un fundamento legal internacional, a la preeminencia del diálogo y a la creación de estructuras regionales de cooperación entre Estados multinacionales cosmopolitas. En otras palabras, a dos meses escasos de la tragedia de Nueva York, Beck confirmaba su propio concepto de "sociedad de riesgo mundial" y, con base en él, proponía toda una política que ahora, a la luz de los acontecimientos posteriores, se revela como una extraña mezcla de buenos deseos y análisis sociológico.

Año y medio después de la conferencia de Beck, sabemos que la capacidad del lenguaje institucionalizado de control es sumamente veloz para reconfigurarse: la "guerra preventiva" y el "eje del mal" son la muestra indiscutible. También sabemos que el unilateralismo parece ser la nueva divisa de la política exterior y que, muy al contrario, se ha minado el único fundamento legal internacional

al convertir a la ONU en un molesto panel de deliberaciones poco menos que inútiles; que a la política del diálogo, cuando no es mera teatralización y escenificación de un mercado tergiversado por el capitalismo, se le arrincona en la esquina de los tiempos mejores que algún día llegarán, y que las estructuras regionales de cooperación son más bien la recompensa obtenida por apoyos incondicionales al más fuerte.

Sin embargo, el tiempo también concede razón a Ulrich Beck en algunas cosas, la más importante de las cuales es que los actos terroristas abrieron la puerta a la posibilidad de un mundo distinto. En efecto, a la globalización puramente económica parece irse oponiendo paulatinamente una globalización política (por llamarla de alguna manera) que comparte tanto con el capitalismo como con el nuevo terrorismo su desterritorialización y su descentralización, pero no el sentido de uno u otro. Las calles del mundo, particularmente de los países involucrados favorablemente en las decisiones unilaterales de EU, atestiguaron el surgimiento de esta posibilidad. Lo que viene sigue siendo una incógnita difícil de despejar, pero tampoco eso debe arredrar al intelectual que intenta desentrañar la realidad y sus múltiples posibilidades, tal como lo hizo, quizá sin mucho acierto, Ulrich Beck en aquel noviembre de 2001. ■

Antonio Calera-Grobet

En la cúpula de Globe

Fondo Editorial Tierra Adentro- Conaculta (núm. 250) México, 2002, 119 págs.

Alejandro Ortiz González

Con una precisión verbal y textual que retrata fielmente a su autor como un ser que usa las palabras como algo más que

lenguaje, acaso como un código de ética y de estilo personal, *En la cúpula de Globe* sorprende desde la portada misma, cuando nos percatamos de que es un sello institucional y no una editorial comercial el que da cabida a esta primera novela de Antonio Calera-Grobet en su colección, para convertirse en el número 250 de la serie.

Pese a esto, o mejor aún, gracias a ello, el autor y su libro tienen una agenda llena este año, viajando a varias plazas del país para hacer una presentación y mantener diálogo con otros interesados en la madre literatura allende las fronteras de la metrópoli centralista.

Ante la preocupación de su autor por asumir los costos y las ventajas de convertirse en un “escritor público”, quien esto escribe puede señalar que el escritor lo es a plenitud sólo en tanto establece diálogo con un lector. Sin esta relación no hay literatura, sino sólo —y acaso ésta sea nuestra desgracia nacional—, libros, generalmente cerrados.

En la cúpula de Globe da cuenta, en las páginas exactas, de un experimento científico donde serán puestos a prueba los sueños de un futuro mejor, las relaciones humanas en “cautiverio”, las capacidades de supervivencia y modelos de desarrollo bajo la ineludible mirada del Departamento Central, que no puede dejar de recordarnos a Orwell y su *Big Brother*, así como la decadente versión del Gran Mirón mediático de este principio de siglo.

Asociado inmediatamente con estos ejercicios de *voyeurismo*, el libro ha sido prejuizado con facilidad asombrosa, sin que muchos lectores se hayan permitido avanzar hasta el final y lograr abandonar rápidamente esta tesis. Es más visible la referencia a los experimentos de la NASA Biósfera I y Biósfera II, que al *Big*

Brother de Endemol y sus socios en el mundo. Y digo que la referencia es más clara, porque si recordamos los resultados de ambos laboratorios impulsados en el desierto de Arizona y Nuevo México por la NASA en los años noventa, sabremos que el primero fracasó rotundamente, ante un problema simple como la generación de agua, mientras que el segundo se convirtió en un secreto de Estado, sentando la base de lo que hoy es la Estación Espacial Internacional auspiciada por una decena de países, en órbita y permanente construcción como base para el sueño de la “colonización del espacio” por parte de la raza humana.

Es así como *En la cúpula de Globe* representa una extraordinaria aventura literaria para advertir sobre esas preguntas que siguen sobre la mesa global, regional y local, en relación con nuestro futuro como raza frente a fenómenos decadentes como los medios, el *marketing* y la megalomanía terrestre, en la que algunos pocos seres se han abrogado derechos y privilegios sobre el resto del planeta, y cuyas pretensiones son en principio y al final, asegurar su supervivencia en la Tierra o en el espacio.

No es casual que un libro como éste sea tan contundente —pese a la enorme cantidad de erratas, situación que habrá que cuidar al extremo en su reimpresión—, pues es el estilo de su autor la verdadera materia que seduce, un dominio del lenguaje literario pero también del coloquial, y una cadencia que, insisto, retrata a su autor, un hombre robusto y barbudo, aficionado al arte, la ciencia y a la buena mesa, sin olvidar, por supuesto, la buena literatura, es decir, un hombre que vive la vida y las letras *a propósito*, y no como una simple coyuntura espacio-temporal. ■